

A. H. Sampson

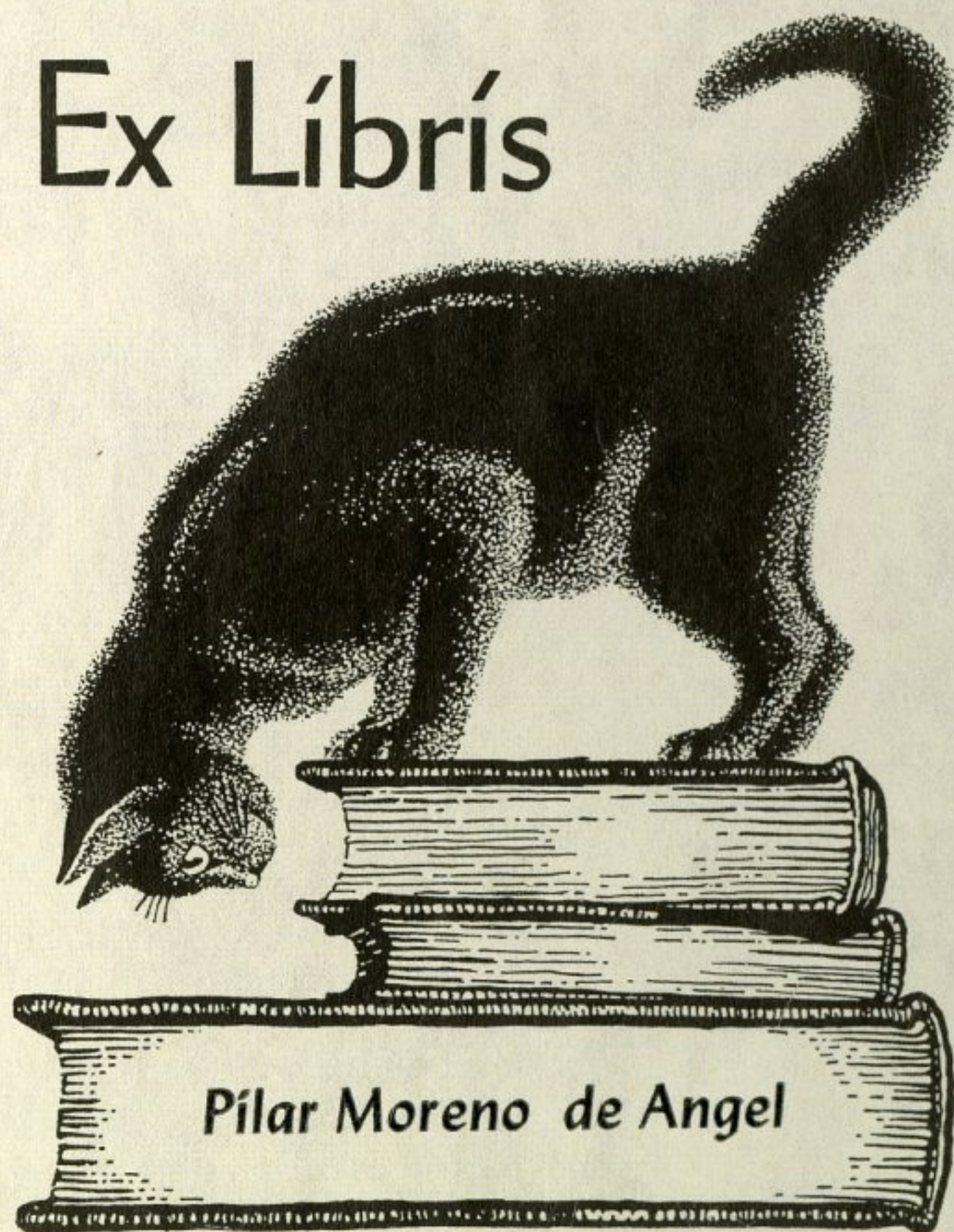
ORTHOPEDIC

1898

J. MAYNELL MARROQUEN

FRANCISCO MOLINA D.  
ENCUADERNADOR.  
Barranquilla, Colombia

Ex Líbrís



Pilar Moreno de Angel

B212 © APCO

A mi querido maestro el  
notable literato Señor Don José  
Mamuel Marroquín, Bogotá -  
Su humilde amigo,  
El Autor

Bogotá., 15 En.º 1.894.

---

**EN ALTA MAR.**

---

---

---

**ES PROPIEDAD.**

---

---

## PROLOGO.

---

---

Los muchos prólogos que he escrito han sido, y tal vez no sin razón, llamados panegíricos ó apologías de los autores y de los escritos *prologuizados*; y esto es natural y ha sido inevitable, porque yo soy muy mal crítico y muy amigo de mis amigos, y á esta categoría pertenecen aquellos autores.

Mal crítico soy en efecto. Nunca sé por qué me gusta lo que me gusta ni por qué me desagrada lo que me desagrada. Muy de bulto han de ser los defectos que afeen una composición para que yo pueda decir á qué clase de defectos pertenecen.

Sentadas estas premisas, diré que me propongo escribir cuatro líneas que puedan servir de prólogo al poema compuesto por mi amigo D. Augusto N. Samper, y que voy á abstenerme de hacer algo que parezca juicio crítico. Por fortuna, bastante se ha repetido ya que un prólogo no ha de ser un juicio crítico.

Samper es uno de los pocos jóvenes que, habiendo venido á Bogotá en busca de instrucción, faltos de apoyo y auxilio, han dado muestras de constancia y enérgico carácter, de suerte que se deberá á sí mismo todo lo que sea y todo lo que consiga. \* A los jóvenes como Samper es á los que pertenece el porvenir.

Él ha sido favorecido por la naturaleza con dotes poéticos muy notables, y entre ellos sobresale la facilidad para versificar. Él ha cultivado su talento poético lo bastante para no dejar desairada á la naturaleza, pero no con la destemplanza con que cultivan disposiciones de ese género otros que por la poesía abandonan la prosa de la vida, poniéndose en peligro de caer en situación harto prosaica. En efecto, Temis no debe mostrarse celosa por los obsequios con que este levita de su templo suele festejar á las Musas.

Dije arriba que entre los dotes de Samper descuella la facilidad para versificar; y ahora, valiéndome de la autoridad que me confiere el haber sido maestro suyo, le aconsejaré á él que

---

\* En honor á la verdad, y sin dejar por eso de estimar la benevolencia del prologuista, hago pública manifestación de gratitud á mi padre, á cuyos esfuerzos y sacrificios en favor mío, deberé "todo lo que sea y todo lo que consiga." E. A.

se guarde de los peligros á que esa facilidad expone, peligros de que él se ha escapado hasta el presente, merced á lo serio de la vida que ha tenido que llevar y á los estudios á que se ha dedicado. ¡Ay de los jóvenes que, poseyendo aquel dote, tienen tiempo y ocasión de escribir una poesía á cada cosa de las que les suceden á ellos, ó á sus amigos, ó á sus amigas, ó á las que ellos desean que vengan á serlo!

Los que versifican con mucha facilidad caen, si no son precavidos, en el defecto de escribir demasiado y de hacerlo aparentemente bien, sin llegar á hacer sino raras veces un trozo de aquellos que la gente se aprende de memoria. Los que tienen que fatigarse y que vencer dificultades para concluir una estrofa, es natural que no se tomen tanto trabajo sino para decir cosas que merezcan ser dichas ó siquiera cantadas; los que no tienen que hacer otra cosa que dejar correr la pluma, se engañan á sí mismos y engañan á los lectores poco descontentadizos, mediante los atractivos del metro y de la elocución poética.

Poema llamé al principio la composición sobre que estoy escribiendo, no obstante que su autor no le ha dado tal nombre. El público va también á llamarla poema, porque él y yo estamos acostumbrados á llamar así ciertas relaciones en

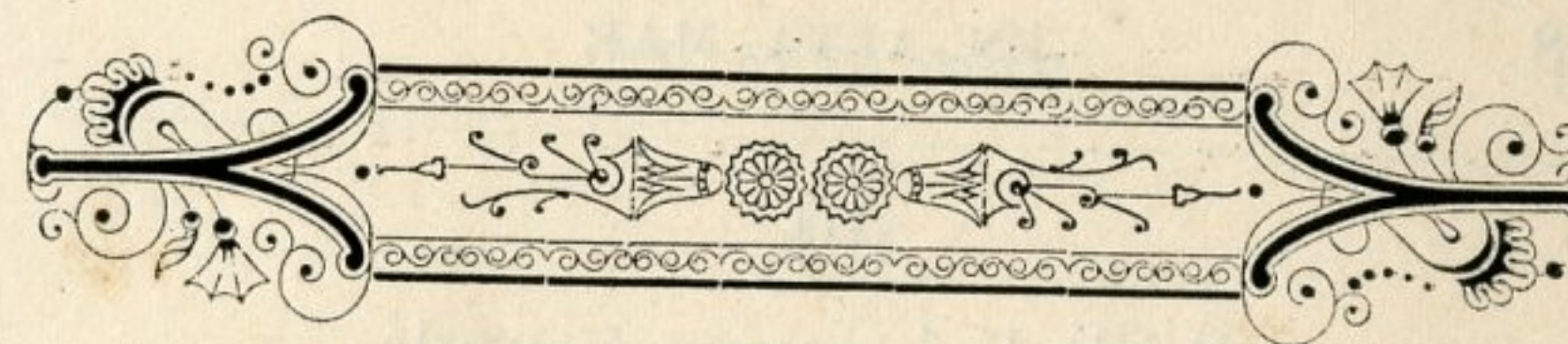
verso á cuyo género parece pertenecer ésta. Creo que los que pretendan juzgarla, si se empeñan en ver en ella un poema, van á hacer el reparo de que le falta acción y le sobra lirismo.

El cuento es en efecto sencillo, y su extensión (si se le reduce á los términos indispensables) no es proporcionada á la abundancia de galas poéticas que lo embellecen, las que ciertamente son muchas y de mucho lucimiento.

Pero esta es cuestión de palabras: lo cierto es que Samper tomó pie de la relación de un hecho poco complicado para pintar marinas y otros cuadritos, y lo ha hecho como quien, estando dotado de aquella sensibilidad que debe distinguir al verdadero poeta, ha gozado muchas veces de los espectáculos que describe.

En obras como la poesía *En alta mar*, lo que importa no es el argumento: millares de composiciones pudieran citarse en que el argumento es sencillísimo y menos fecundo en situaciones patéticas que el escogido por Samper, que han sido recibidas con aplauso y que han dado fama á sus autores. Lo que importa es que del argumento, cualquiera que sea, se saque para deleite de los lectores, el partido que Samper ha sacado del que escogió.

*J. Manuel Marroquín.*



# EN ALTA MAR,

(A MI PADRE.)

I

Con majestad imponente,  
Radiando fulgor escaso,  
El astro resplandeciente  
Va sepultando su frente  
En el confín del ocaso.

II

Contempla el marino á solas  
El horizonte lejano,  
Y al columpio de las olas  
Va cantando barcarolas  
En mitad del oceano.

## III

Brilla la hoguera fecunda  
 Del sol, que á lo lejos arde,  
 Y el alma humana se inunda  
 De esa tristeza profunda  
 Con que nos brinda la tarde.

## IV

Con su hopalanda sombría  
 La noche en silencio avanza,  
 Y vencido en la porfía,  
 El astro hermoso del día  
 Muere, al fin, en lontananza.

## V

Y todo en el mundo queda  
 Sumergido en honda calma,  
 Y la brisa errante y leda  
 Al deslizarse remeda  
 Lejanas voces de un alma.

## VI

No hay en la altura una nube,  
 Todo es quietud en el suelo,  
 Y la luna sube, sube,  
 Como cándido querube  
 Que va de la tierra al cielo.

## VII

Y hasta el mar, el mar pujante,  
 —Prometeo encadenado—  
 Yace en calma en este instante,  
 En la calma amenazante  
 Del gladiador fatigado.

## VIII

En busca de opuesta orilla,  
 Más allá del Nuevo Mundo,  
 Turba de gente sencilla  
 En una frágil barquilla  
 Surca el piélago profundo.

## IX

La nave se balancea  
 Como la cuna de un niño,  
 Y del agua que golpea  
 Salta la espuma y blanquea  
 Como la piel del armiño.

## X

Corren fugaces las horas  
 Al compás del rauda viento,  
 Y las ondas bramadoras  
 Se deslizan tembladoras  
 Con pausado movimiento.

## XI

Todo está como dormido  
En la tierra y en la altura,  
Y semeja el mar tendido  
El recio mármol bruñido  
De una inmensa sepultura.

## XII

Mas de pronto se presenta,  
Surgiendo del horizonte,  
Una nube de tormenta  
Que se empina corpulenta  
Como la cresta de un monte.

## XIII

Y á medida que se eleva  
Tizna el ancho firmamento,  
Y el huracán se subleva  
Y la eterna lid renueva  
Con el húmedo elemento.

## XIV

Y cuando queda cubierto  
De tinieblas el vacío,  
Ya de su sueño despierto,  
Como el león del desierto  
Ruge el piélagos sombrío.

## XV

La tempestad se desata  
Potente, indomable y fiera,  
Y en su furor desbarata,  
Como hirviente catarata,  
Cuanto encuentra en su carrera.

## XVI

Cual volcánica fisura,  
El relámpago serpea,  
Y entre las sombras fulgura  
Mientras la nave insegura  
Como un ebrijo tambalea.

## XVII

El trueno del rayo ardiente  
Recorre el cielo y la tierra,  
Con su voz sorda y rugiente  
Como el redoble imponente  
De cien tambores de guerra.

## XVIII

Cruje el bajel, entretanto,  
En medio del cataclismo,  
Y entonces cunde el espanto,  
Y entre gemidos y llanto  
Se va hundiendo en el abismo.

## XIX

Y en la batalla perece  
Entre el férvido oleaje,  
Y la borrasca decrece  
Hasta que al fin desaparece  
Con su fúnebre ropaje.

## XX

Pero á la luz indecisa  
Que irradia al nacer la aurora,  
Sin velas para la brisa  
Hiende el agua á toda prisa  
Una lancha salvadora.

## XXI

¡Vedla! Allá va navegando  
Tras mil afanes prolijos,  
Sobre las olas llevando  
Tres hombres que van remando  
Y una madre con dos hijos.

## XXII

Una madre que ha perdido  
En el naufragio espantoso  
Un hijo recién nacido,  
Y que ni aun tiempo ha tenido  
Para llorar á su esposo.

## XXIII

Van pasando una por una  
Las horas con paso lento,  
Porque en la adversa fortuna  
El tiempo al dolor se aduna  
Para avivar el tormento.

## XXIV

Y tras las horas, los días  
Con sus noches rutilantes;  
Noches de angustias sombrías  
Que aumentan las agonías  
De los náufragos errantes.

## XXV

Y siguen á la ventura,  
Sin amparo ni consuelo,  
Viendo llenos de pavora:  
Abajo, la inmensa hondura,  
Arriba, el azul del cielo.

## XXVI

Y no divisan siquiera,  
En medio de su tormento,  
La suspirada ribera  
Donde cada cual espera  
Hallar abrigo y sustento.

## XXVII

Y ya el hambre los acosa,  
Y en triste llanto deshecha,  
A sus hijos, angustiada,  
La pobre madre amorosa  
Con tierno afán los estrecha.

## XXVIII

Los dos niños macilentos,  
En los brazos de la madre,  
Con lágrimas y lamentos,  
En tan infaustos momentos  
Preguntan ¡ ay ! por su padre.

## XXIX

¿ Cómo expresar..... ¡ imposible !  
La impresión viva y profunda  
Que esa pregunta terrible  
Causó en el alma sensible  
De la madre moribunda ?

## XXX

En lágrimas anegada,  
A contestarles se apresta ;  
Y de dolor trastornada  
Vuelve al cielo la mirada  
Sin proferir la respuesta.

## XXXI

Ora en silencio y espera,  
Haciendo votos fervientes,  
Mas la gente marinera  
Se lanza como una fiera  
Sobre los dos inocentes.

## XXXII

Y la madre se levanta  
Dando un grito de coraje ;  
Su espíritu se agiganta,  
Y á salvarlos se adelanta  
Con la furia de un salvaje.

## XXXIII

Y aquella gente aturdida  
Retrocede amedrentada ;  
Porque una madre ofendida  
Al mismo mal intimida  
Con una sola mirada.

## XXXIV

Pero el hambre—mónstruo fiero—  
Los estimula en su empresa,  
Y el más joven marinero,  
Cual sobre manso cordero,  
Se arroja sobre su presa.

## XXXV

Y la madre que lo advierte,  
Postrada entonces de hinojos,  
—Mujer al fin, pero fuerte—  
Pide para ella la muerte  
Con lágrimas en los ojos.

## XXXVI

Ruego, lágrimas, lamento,  
Todo es inútil en tanto,  
Porque mueren al momento,  
Las súplicas en el viento,  
Y entre las olas el llanto.

## XXXVII

Nervioso, febricitante,  
Aquel hambriento marino  
Piensa en ese mismo instante  
Que de infeliz navegante  
Va á trocarse en asesino.

## XXXVIII

En trance tan desgraciado,  
Todos lloran, todos gimen;  
Pero aquel desesperado  
Vacila como aterrado  
Entre la muerte y el crimen.

## XXXIX

¡Conciencia : tu voz rugiente,  
Vigilante centinela,  
Es el látigo candente  
Que azota el alma insolente  
Que contra tí se rebela !

## XL

El marinero inhumano,  
Amenazante y erguido,  
Con el puñal en la mano  
Pretende acallar en vano  
De su conciencia el rugido.

## XLI

De helado sudor cubierto,  
Batalla consigo mismo,  
Y pálido como un muerto  
Parece que siente abierto  
Bajo sus piés un abismo.

## XLII

Al uno y al otro lado,  
Con rápido movimiento,  
Los ojos vuelve asustado,  
Temblando como asaltado  
Por duro remordimiento.

## XLIII

La madre, á quien no acobarda  
El dolor que su alma llena,  
Con muda impaciencia aguarda  
El desenlace, que tarda,  
De aquella trágica escena.

## XLIV

En su amargo desconsuelo  
El nombre de Dios invoca,  
Mas no responde á su anhelo  
Sino el silencio del cielo,  
Que su impaciencia provoca.

## XLV

Todo calla. Lentamente,  
Con regio y pomposo alarde,  
Como un príncipe de Oriente  
Se va hundiendo el sol poniente  
En las sombras de la tarde.

## XLVI

El marinero abatido,  
Exánime, casi inerte,  
De súbito, sin sentido,  
Se desploma como herido  
Por el rayo de la muerte.

## XLVII

Y un grito unánime vuela  
Por los aires al instante;  
Grito que anuncia y revela  
La aparición de una vela  
Allá en el confín distante.

## XLVIII

Todos lloran de contento,  
Y á todos vuelve la calma,  
Porque ha llegado el momento  
De conseguir alimento  
Para el cuerpo y para el alma.

## XLIX

El criminal se incorpora  
Con su faz de moribundo,  
Y entonces perdón implora  
De la madre, mientras llora  
Con sentimiento profundo.

## L

Y ella viuda y triste gime  
Con los hijos que ha salvado;  
Y en el momento sublime  
En que el bajel los redime,  
Queda el hombre perdonado.

---

---

# EL CADALSO.

---

---

## PROLOGO.

---

Incurren, á primera vista, en igual inadvertencia el viejo que somete al concepto de un joven, y el joven que somete al de un viejo, una producción poética esperando complacer del todo el uno al otro, ó que autor y crítico se entiendan bien y sientan sinceramente su acuerdo, ya sea en pro, ya en contra de la examinanda; porque está en el orden natural de las cosas la correspondencia entre el árbol y su fruto, la viciosa lozanía en el terreno joven, la sustanciosa sequedad y el predominio de lo intelectual sobre lo afectivo, del diseño sobre el color, del cuerpo sobre el vestido, en el cansado y viejo. Esto último, que en el viejo es progreso, marcha normal, como el despojo del follaje excesivo del estío al soplo del otoño para la consumada madurez y la más cómoda y neta vista y apaña-

miento del fruto, tradúcelo naturalmente la juventud por esterilidad, por impotencia, como el viejo á su turno, impacientado por el lujoso follaje, suele apresurarse á calificar de ociosa y vana aquella pompa de verde escolta que es gracia y ornamento natural de la juventud.

Esta regla tiene excepciones: hay árboles de mero ornato y de hoja perenne, porque está dispuesto que el sol no encuentre en ellos fruto que madurar: su follaje, y tal vez su tronco mismo, son todo su fruto; y hay troncos siempre parcos en hoja y pródigos en sustanciosa carga. Hay viejos cantores perpetuamente niños en la crudeza é insustancialidad de su canto; y poetas que nunca fueron jóvenes, como si una maga les hubiese cerrado al nacer la espita de la espontaneidad exuberante y melodiosa, para que sólo destilasen su jugo más ó menos laboriosamente.

Forman otra excepción los viejos gárrulos, de meollo ó sin él, que no son aves muy raras, como que quizás el agudo lector advertirá que tiene á uno de ellos bajo su vista y á discreción de su tijera; pero si éstos, en su calidad de productores de palabras, hacen clase aparte, entran como críticos á confirmar mi observación inicial. Los conversadores perpetuos son el egoísmo encarnado: sordos por ruido propio, é incapaces de

atención á nada ajeno, cuanto lean ó se les fuerce á oír, queda inédito ó inaudito para ellos, que de allí no sacarán sino pie para continuar su monólogo. Todo lo aprueban con esa condición; pero, de piel adentro, todo les parece largo é impertinente. No hay peligro de que pongan tacha que ocasione defensa, es decir, diálogo. El mudo es su amigo modelo.

Las precedentes observaciones harán presumir al lector que el infrascrito, confeso de vejez con su árido gusto y demás anexidades, mal puede asociarse en calorosa simpatía con la extensa composición á la cual sirven de prólogo, toda vez que ésta, por su exuberancia de forma, es decididamente de índole juvenil. Pero tal presunción será de todo en todo precipitada y errónea. Los contrastes se buscan, los complementos se solicitan uno á otro, por otra ley no menos natural que la de conservación que asimila á los viejos con los niños en el egoísmo. Precisamente por fríos buscamos la acera del sol y el rincón del fuego; nos lisonjea y agradecemos, como en un baile las señoras mayores, el que los jóvenes se acuerden de nosotros, aunque no sean *ellas* sino ellos, y no para la danza sino para el refresco y para alguna plática de introducción ó intriga; nuestro desolado presente hace que

gravitemos por la memoria hacia los amenos horizontes de la juventud; y pues hablé de refrescos, consta de sobra en los archivos de la gastronomía que el paladar profeso y crítico, el verdadero paladar, es privativo de la vejez, seguramente en compensación de manjares superiores que le están vedados.

Así, en el orden físico, no recuerdo sensación más paradisiaca que la que experimento al dejar nuestra Sabana de Bogotá, con su mudez, con su real pero invisible suculencia y su fría majestad ascética, cuando caracoleando á caballo en el descenso de la cordillera, embelesado con la arquitectura alegre, traviesa, gaya, churriguesca de la vegetación sub-andina, llego de repente á el abra que despliega á mi vista un cambio completo de decoración, y me embalsama hasta el fondo de los pulmones el aliento férvido y embriagante de la tierra caliente. Es el abrazo de la juventud, que no puede menos de alegrar el hielo del invierno.

Análoga impresión me causa en lo literario soltar un discurso admirable por el rigor de su lógica, ó una columna de tercetos helados por su misma avaricia de perfección, ó uno de esos sonetos *científicos* en que nos proponemos los viejos rimadores cristalizar una verdad por vicio de

rimar y temiendo que en prosa nadie la advierta; y, abriendo el tomo de líricas y cuentos de Zorrilla, respirar, sin esfuerzo alguno del espíritu, una de tantas mañanas ó tardes fluidas y olorosas en que abunda; recostar la sien á orillas de esa fuente de incuria pero también de colorido y espontaneidad intertropicales. En su *Indecisión*, por ejemplo, hasta el embrollo de las imágenes, y el bombo como de catarata emboscada, armonizan el Africa con las selvas del Orinoco:

Y hay en el bosque gigantesca sombra,  
Y desierto sin fin en la llanura,  
En cuya extensa y abrasada alfombra  
Crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,  
Como sombras sin luz y apariciones,  
Pardos y corpulentos elefantes,  
Amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca  
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,  
Y de una cueva en la entreabierta boca  
Solitario se arrastra el cocodrilo.

¡ Bello es vivir, la vida es la armonía !  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,  
Un sol de fuego iluminando el día,  
Aire de aromas, flores apiñadas.....

Esto no será oro, pero el oro intelectual suele ser insípido, mientras que esto sí tiene olor, color y sabor de poesía, y el solo cuarto verso vale un poema ó una página del Cosmos de Humboldt; y creo que á este género pertenece, por su forma, la poesía del Sr. Samper á que tengo el honor de introducir á los lectores. Aquí, con marcha más ordenada, también el poeta escribe como escuchando su música, y hay el mismo a-larde de imágenes y de calificativos; pero casi todas las estrofas son del siguiente tipo de plenitud, de redondez y armonía:

La luz de las estrellas palidece,  
Y luego desaparece  
Con la noche que rápida se aleja;  
Y el inocente pájaro en su nido,  
Entre el cielo y la tierra suspendido,  
El nacimiento de la luz festeja.

Todo es música y luz y movimiento:  
Desde su regio asiento  
Alumbra el sol la inmensidad del orbe,  
Mientras aquella víctima aterrada,  
Como una estatua, inmóvil y callada,  
En reflexiones íntimas se absorbe.

Aquí está, y así tiene que desenvolver sus impresiones, el poeta lírico de vocación; y cuan-

to al exceso de descripción que se observará en este corto poema, no es, por cierto, especialidad de Zorrilla ni del Sr. Samper, sino del género y de la poesía toda como al presente se la cultiva. Hoy el corazón cede el paso á la vista. Se da parte al lector de una pareja amorosa, únicamente por describir lo que menos puede hacerse sentir con palabras, el campo de sus dichas ó desventuras; y en general, en todas las artes, lo accesorio es hoy principal, y la salsa lo único interesante del pescado, y acaso en favor de lo exótico se excluye lo pertinente. Así en la pintura, el paisaje yá es género aparte, autonómico, —Estado soberano,—en el cual la figura humana significa apenas, en ocasiones, una nota de color oportuna para el efecto del cuadro; en la jardinería la camelia impera, sin olor que la recomiende; en arquitectura se sacrifica á una fachada (como en la gran columnata del Louvre) el objeto y uso del edificio; y en música, se compone una ópera, tal vez de asunto religioso, por introducir el espectáculo pornográfico de un ballet.

En este punto, y siguiendo el consejo de mi amigo Marroquín, de no hacer juicio crítico de la obra prologuizada (dejando entretanto consignado su dictamen magistral

Como entre flor y flor sierpe escondida ), debo sin embargo rendir homenaje paladino á una condición capital de *El Cadalso*, como podría serlo de toda obra literaria ; y cualidad que rara vez preocupó á Zorrilla, ni á sus imitadores, ni, en general, á los alumnos jóvenes de las musas : aludo al designio práctico de su composición, en el cual refundió admirablemente el Sr. Samper su función de poeta con su entidad de hombre, de cristiano y de cursante en la carrera del jurisconsulto. Señala como poeta, con trágica inventiva, una excepción por hacer, una atrocidad por corregir en la legislación penal, y creo que todos sus lectores concurrirán con su voto en favor de la gracia que demanda y que la última estrofa tan enérgicamente determina. Hay aquí, pues, no sólo apariencia sino también substancia, no sólo música de excelentes versos para el oído, sino también un serio toque al corazón y á la conciencia pública. Es un sonoro alegato de sombras, versos y lágrimas en pro del sacro dúo fundamental de la sociedad: la madre y su niño.

Este poema tiene que serme grato, porque él me ha traído á su joven autor, á quien antes no tenía la fortuna de conocer ; y me llega recomendado nada menos que por José Manuel Ma-

rroquín, y más íntimamente por el valor literario y moral de su producción : privilegio delicioso de las letras, que así nos improvisan buenos amigos acompañándolos de la fotografía de su alma, y que hace á los viejos, como en este caso, compañeros de los jóvenes y condiscípulos suyos. Y algo más puedo asegurar al Sr. Samper : que su solo apellido yá era para mí no sólo recomendación del caballero, sino á la par indicio del carácter generoso de la obra en su forma y en su fondo.

En fe del blasón literario de dicho apellido, me propasaré aquí reclamando una justicia. Mi lamentado amigo JOSÉ MARÍA SAMPER ahogaba el mérito de sus trabajos, y casi no dejaba tiempo al aprecio individual de ellos, por la misma exuberancia de su producción. Esto, y la consiguiente inmadurez del fruto, retrajo á nuestro público censor de acordarle la corona de poeta, en verso por lo menos. Y sin embargo, es un hecho que del menos estimado de sus libros, *Filosofía en cartera*, puede extractarse un excelente libro de lectura en prosa para las escuelas ; y es otro hecho incontestable, que su largo romance *La gran campaña* es la joya del *Romancero Colombiano* que nos hizo improvisar en 1883 D. José Antonio Soffia, de grata memoria ; y no

sólo es la joya de aquel tomo, sino un trozo verdaderamente épico por su alta entonación, digno de su tema y notable por su exactitud histórica y descriptiva, de suerte que el adiós de aquella musa fué un canto imperecedero, aunque improvisado á los 55 años. Mas conviene advertir que Samper revisó considerablemente su versificación para la edición del Sr. Pérez que él no alcanzó á ver impresa. Para dejar en el oído de los lectores un gusto mejor que el de mi desmañada prosa, permítame el autor de *El Cadalso* secar la pluma con aquel magnífico arranque:

Solemne lucha sostienen,  
 Palmo á palmo, ante la Historia,  
 ESPAÑA, que todavía  
 Con sus legiones asombra  
 Su ilustre nombre salvando  
 En Bailén y Zaragoza,  
 Y la nación que su cuna  
 Meciendo sobre las ondas  
 Del Orinoco, al nacer  
 De COLÓN el nombre invoca,  
 Y entre dos inmensos mares  
 Ostenta vírgenes costas.....

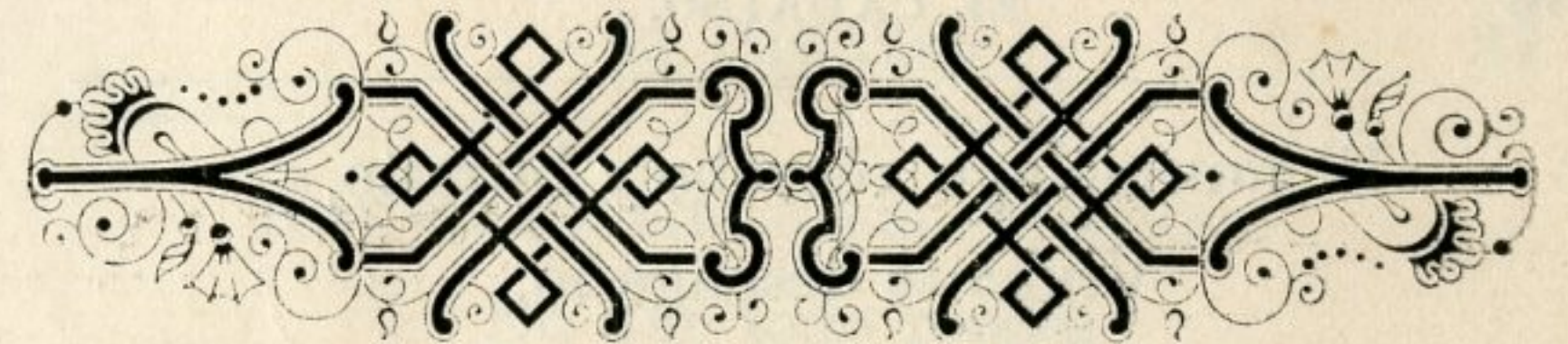
Con lo cual queda muy espontáneamente servido, con un largo prólogo, mi nuevo amigo el

señor Samper, y comprobada una, si no muchas, de las flaquezas del prologuista.

—  
 Escrito lo que precede, llega por casualidad á mis manos otra composición del autor de *El Cadalso*, titulada *Infernal*, moral y descriptiva como ésta, pero en que cada pincelada de color es golpe de cincel. Son sólo 16 cuartetos, una figura poderosa, que yo le pediría reprodujese aquí como admirable complemento de *El Cadalso*. Creo que todo lector aplaudirá mi solicitud y tan noble y alto empleo del estro. La piedra que desechaba el arquitecto viene tal vez á ser la fundamental de este pequeño monumento de ética inspirada.

Bogotá, Octubre 30, 1891.

**Rafael Pombo.**



# EL CADALSO,

(A MI MADRE.)

---

I

**E**RA de noche ya. Con paso incierto,  
Y helado como un muerto,  
Penetro, al fin, convulso y vacilante;  
Pero á la puerta de una celda acudo,  
Y en los umbrales me detengo y dudo  
Como en la puerta del infierno el Dante.

---

En la bóveda azul y en el abismo,  
La calma y el mutismo  
De que las noches claras están llenas;  
Pero en aquellas lóbregas prisiones,  
Entre ruegos y llanto y maldiciones,  
El confuso rumor de las cadenas.

El murciélago réprobo y huraño,  
 Viviente desengaño,  
 Que, como el crimen, en la sombra habita,  
 Rozando á veces de repente el suelo,  
 En la inquietud de su menguado vuelo  
 El ala implume con violencia agita.

—

Todo es funesto allí como la muerte,  
 Y el corazón no advierte  
 Un consuelo siquiera en lontananza ;  
 Que en esa cárcel de estrechez sombría  
 En que tiene su cuna la agonía,  
 Tiene también su tumba la esperanza.

—

Allí en las sombras de hondo calabozo,  
 Dibújase el esbozo  
 De una mujer que espera entristecida,  
 De la justicia humana bajo el yugo,  
 El fatídico instante en que el verdugo  
 Vaya á ponerle término á su vida.

Hay en aquella celda silenciosa,  
 En que todo reposa  
 Como en el seno de un abismo oscuro,  
 Una lámpara casi moribunda,  
 Que de siniestra claridad inunda  
 Las denegridas úlceras del muro.

—

Un crucifijo tosco y solitario,  
 Símbolo del Calvario,  
 Se eleva allí como en señal de duelo,  
 Mostrando al hombre con afán constante,  
 En la dulce expresión de su semblante,  
 Que con la pena se conquista el cielo.

—

Allí la pobre víctima murmura  
 Una oración tan pura  
 Como el suave perfume de las flores :  
 Del pervertido corazón humano,  
 Como del cieno inmundo del pantano,  
 También se exhalan nítidos vapores.

Aquella débil lámpara, á lo lejos  
 Envía sus reflejos  
 Y con mezquino resplandor me alumbrá ;  
 Y en las tinieblas de la noche opaca,  
 La sombra de mi cuerpo se destaca  
 Como espectro que vaga en la penumbra.

Pasando sin cesar aterradoras,  
 Sorpréndenme las horas  
 De la terrible entrada en los umbrales ;  
 Y en hondos pensamientos sumergido,  
 Contemplo desde allí despavorido  
 Aquel cuadro de sombras infernales.

La noche avanza. En el silencio envuelto,  
 Con ánimo resuelto  
 Me acerco, al fin, á la mujer que implora ;  
 Y á un tiempo mismo con dolor y encanto,  
 Sorprendo en ella el angustioso llanto  
 Del criminal que se arrepiente y ora.

Brilla en sus ojos esa lumbre vaga  
 Del cirio que se apaga  
 Lanzando rayos de suprema angustia ;  
 Y con la negra cabellera undosa,  
 Resalta más la palidez hermosa  
 Que baña el mármol de su frente mustia.

En actitud deprecativa yace,  
 Y en llanto se deshace  
 Sufriendo de su crimen los rigores ;  
 Y ante la imagen de Jesús postrada,  
 Semeja esa mujer desventurada  
 La encarnación de todos los dolores.

Y con los ojos fijos en el cielo,  
 Aguarda sin recelo  
 El momento fatal de la partida,  
 Mientras sus rayos últimos derrama,  
 En ese instante, la enfermiza llama  
 Que se consume allí como su vida.

## II

Amanece por fin. Iluminado  
 El aire sosegado  
 Se puebla de rumores y armonía;  
 Y desgarradas por la luz naciente,  
 Las sombras huyen en tropel creciente  
 Para volver al caducar el día.

—  
 La luz de las estrellas palidece,  
 Y luégo desaparece  
 Con la noche que rápida se aleja;  
 Y el inocente pájaro en su nido,  
 Entre el cielo y la tierra suspendido,  
 El nacimiento de la luz festeja.

—  
 Todo es música y luz y movimiento;  
 Desde su regio asiento  
 Alumbra el sol la inmensidad del orbe,  
 Mientras aquella víctima aterrada,  
 Como una estatua, inmóvil y callada,  
 En reflexiones íntimas se absorbe.

Tal vez, tal vez de su pasada historia  
 De pronto á la memoria  
 Importuno recuerdo se presenta;  
 Tal vez en honda reflexión se abisma,  
 Porque la voz de su conciencia misma  
 Con criminal empeño la atormenta.

—  
 No la turbéis en su quietud. Acaso  
 Oyendo el sordo paso  
 Con que la muerte su llegada anuncia,  
 Y contemplando abierta en ese instante  
 La pavorosa Eternidad delante,  
 A la esperanza de vivir renuncia.

—  
 Dejad, dejad que á la quietud se entregue,  
 Dejad que se doblegue  
 Como al empuje del simoun las palmas;  
 Que en sus horas de luchas y pesares,  
 Como el líquido abismo de los mares,  
 Tienen reposos de titán las almas.

Pero todo es en vano. De repente,  
 Vibrando un ay doliente,  
 Turba la paz del fúnebre retiro;  
 Y se lamenta en su dolor profundo  
 Con esa voz febril del moribundo  
 Que va á lanzar el último suspiro.

—  
 Ya que el fatal momento se aproxima,  
 Inútil es que gima  
 Y del verdugo compasión demande;  
 Es imposible que el perdón conceda  
 Quien mira el llanto que del alma rueda  
 Sin que jamás su corazón se ablande.

—Yo no puedo morir.....¡es imposible!—  
 Ante el sayón terrible  
 Dice con voz por la emoción turbada,  
 Y cuando gira la mirada en torno,  
 En sus ojos ardientes como un horno  
 Se ve radiar su indignación sagrada.

—¡Soy madre!—exclama puesta de rodillas,  
 Y surca sus mejillas  
 El llanto de sus ojos en torrente;  
 Y luégo añade con nervioso brío:  
 —¡Yo soy culpable, pero el hijo mío  
 Que en las entrañas llevo, es inocente!

—  
 Tiembla aquel hombre por la vez primera,  
 Como espantada fiera,  
 Y alentar á su víctima procura:  
 Su voz es ronca, su mirada fría,  
 Y aterradora, lúgubre y sombría,  
 Como el cadalso mismo, su figura.

—  
 Pero se aparta de ella y se estremece,  
 Y calla y palidece,  
 Mostrando la inquietud que le domina;  
 Y de pavor desconcertado y ciego,  
 Los brazos cruza sobre el pecho, y luego  
 La torva frente con dolor inclina.

Después, como doliente peregrino,  
 Emprende su camino  
 Sintiendo el alma de terrores llena ;  
 Y á cada instante se detiene incierto,  
 Y vuelve el rostro de sudor cubierto  
 Hacia el lugar de la terrible escena.

—

En la lucha interior, en la porfía  
 Que aplasta su energía,  
 Retrocede y se asusta de sí mismo,  
 Y siente que al mirar aquella estancia  
 Le acosan á pesar de la distancia  
 Atracciones y vértigos de abismo.

—

Y la pobre mujer, de espanto yerta,  
 Sonámbula-despierta,  
 La vista mueve en derredor, y duda ;  
 Y al comprender la salvación de su hijo,  
 En los besos que imprime al crucifijo  
 Levanta á Dios una plegaria muda.

Y siente que por su alma entristecida  
 Circula nueva vida,  
 Porque jamás una oración se pierde ;  
 Y ya otra vez á divisar alcanza  
 Que se acerca de nuevo la esperanza  
 Con su ropaje luminoso y verde.

## III

Han pasado seis meses, y el momento  
 Del duro alumbramiento  
 Llega, por fin, á la mujer aquella ;  
 Y da á luz una niña encantadora,  
 En quien ha puesto su carmín la aurora,  
 Su fuego el sol y su esplendor la estrella.

—

Apenas perceptible y comprimido,  
 El infantil vagido  
 De aquella niña, en la prisión se advierte ;  
 Niña infeliz, sin esperanza alguna,  
 Que en vez de los pañales de la cuna  
 Sólo tiene el sudario de la muerte.

La madre la contempla y la acaricia  
 Con trágica delicia,  
 En medio de afectuosos regocijos;  
 Y la toma en los brazos y la oprime  
 Con la pasión fanática y sublime  
 Que las madres profesan á sus hijos.

Y llorando de gozo y de ternura,  
 En su febril locura  
 Sus pesares olvida y sus enojos;  
 Y la niña en su cándida inocencia,  
 Con inconsciente y vaga indiferencia  
 En ella fija los rasgados ojos.

¡Ay! no sabe ese arcángel inocente  
 Que el cielo de su frente  
 Lleva un borrón inalterable impreso,  
 Y que la dulce madre enternecida,  
 Que en el cadalso rendirá la vida,  
 Le da un íntimo adiós en cada beso!

No sabe que mañana cuando el mundo  
 La arranque del profundo  
 Sueño feliz de la inocencia hermosa,  
 Sin amparo tal vez, y sin abrigo,  
 Envuelta en los harapos del mendigo,  
 La vida misma le será enojosa!

Y á las desdichas y al dolor ajena,  
 Y con el alma llena  
 De la inconsciencia que su edad le ofrece,  
 Al blando arrullo del amor materno,  
 En el regazo cariñoso y tierno  
 De la intranquila madre se adormece.....

Cuarenta noches y cuarenta días  
 De penas y alegrías  
 Huyendo pasan en veloz carrera,  
 Y se aproxima el pavoroso instante  
 En que es preciso que la madre amante  
 Entre las garras del verdugo muera.

¡Pobre madre! Con frase entrecortada,  
 Ante la cruz postrada,  
 Perdón implora del Señor del cielo;  
 Y un torrente de lágrimas derrama....  
 Que para el triste que padece y ama  
 Siempre es el llanto bienhechor consuelo.

—  
 Todo es inútil. El verdugo llega,  
 Y á su labor se entrega  
 Desoyendo la voz del sentimiento,  
 Y á la niña que llora y se resiste,  
 De entre los brazos de la madre triste  
 La arrebatada con ímpetu violento.

—  
 Y un beso imprime en su nevada frente,  
 Porque al mirarla siente  
 Que los recuerdos sin piedad le oprimen :  
 Beso terrible, y espantoso, y frío,  
 Como el ósculo hipócrita y sombrío  
 Que simboliza la traición y el crimen.

La madre tiembla, y al verdugo arroja,  
 Venciendo su congoja,  
 Una mirada de estupor salvaje ;  
 Después en santa devoción se enciende,  
 Y su camino hacia el cadalso emprende  
 Amortajada en funeral ropaje.

—  
 ¡ Vedla marchar! Las manos delicadas,  
 Por el terror crispadas,  
 Lleva con recio vínculo sujetas,  
 Mostrando en ellas esa red venosa  
 Que se trasluce vaga y azulosa,  
 Cual se traslucen las marmóreas vetas.

—  
 El Sacerdote majestuoso y grave,  
 Con voz solemne y suave,  
 Como vago rumor de *Miserere*,  
 Cumpliendo su misión consoladora,  
 Al lado de ella con fervor implora  
 Sin que su rostro la emoción altere.

Y él populacho imbécil y cobarde,  
 Con vergonzoso alarde  
 Tras ella corre sin temblar siquiera :  
 El populacho, encarnación del vicio,  
 Que lleva á Cristo al último suplicio,  
 Y precipita al mártir en la hoguera.

Pero ella sigue en aparente calma,  
 Y los ojos del alma,  
 Con los del cuerpo, en el cadalso fija ;  
 Y en abundantes lágrimas se anega,  
 Porque al final de la existencia llega  
 Dejando en triste soledad á su hija.

Allá se advierte entre el tumulto vario,  
 La faz del victimario  
 Que se destaca formidable y hosca ;  
 Y del tablado horrible está suspensa  
 La sogá que á la víctima indefensa  
 Como siniestra víbora se enrosca.

Llegó el momento. La mujer doliente  
 Con ansiedad ferviente  
 El crucifijo besa entristecida,  
 Y á Dios eleva la oración postrera  
 Con la voz cadenciosa y lastimera  
 Que anuncia el fin de la terrena vida.

El Sacerdote con amor la abraza,  
 Y en la anchurosa plaza  
 Reina silencio de pavor sombrío ;  
 Y en medio de esa calma de oceano,  
 Se levanta de pronto un cuerpo humano  
 Que se retuerce y tiembla en el vacío.

¡ Oh Sociedad ! Contempla un solo instante  
 El lívido semblante  
 Que el fin aciago de esa madre expresa,  
 Y, puesto en Dios el pensamiento, dime :  
 ¿ Es ésa acaso tu misión sublime,  
 Y la doctrina del Calvario es ésa ?

Bogotá, 10 de Julio de 1891.

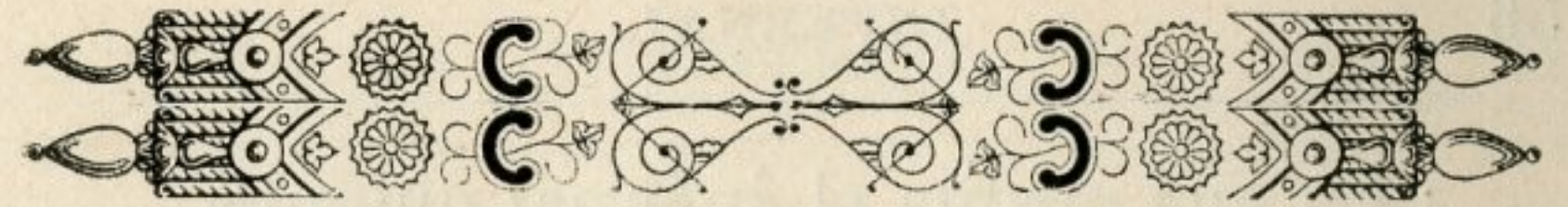
---

---

**INFERNAL.**

---

---



## INFERNAL.

AL SEÑOR DON DAVID LOPEZ PENHA, JR.

---

De pié sobre una mole gigantesca,  
Y entre el motín ruidoso de las olas,  
Erguido allí, como visión dantesca,  
Luzbel se entrega á meditar á solas.

---

En su conjunto, hermoso todavía,  
Se ven los rastros del castigo eterno;  
Y en su mirada enérgica y sombría  
Reverberan las llamas del infierno.

¿ En qué medita el infernal querube  
 Al borde oscuro de su propio abismo?  
 ¿ Su negro pensamiento, baja ó sube?  
 ¡ Nadie lo sabe: ni aun lo sabe él mismo!

—  
 La frente oculta en la potente mano,  
 Midiendo con la vista el horizonte,  
 Y sobre aquel peñón del Oceano  
 Parece un monte encima de otro monte.

—  
 ¿ Qué pensamiento la razón ofusca  
 De aquel titán encadenado al suelo?  
 En su soberbia colosal ¿ qué busca?  
 ¿ Acaso piensa en escalar el cielo?

—  
 ¡ Nadie lo sabe! En la fatal desgracia  
 El temple de su espíritu se muestra,  
 Y al mundo lanza con terrible audacia  
 Los rayos de su cólera siniestra.

Es imposible que el amor fecundo  
 Sobre su frente espiritual irradie,  
 Porque en su orgullo, como el mar, profundo,  
 Ni á Dios le teme, ni le teme á nadie.

—  
 El sabe que es eterno su destierro,  
 Porque es eterna su espantosa furia;  
 Pero su recia voluntad de hierro  
 Vengarse quiere de tan alta injuria.

—  
 Y mancha todo cuanto mira ó toca,  
 Para que al mundo su poder asombre,  
 Y el huracán de la pasión provoca  
 En el flexible corazón del hombre.

—  
 Y en él despierta la codicia hambrienta,  
 A quien el brillo del metal fascina;  
 La fiebre de la envidia macilenta,  
 El odio ruin y la ambición mezquina;

La audaz soberbia, el lúbrico apetito,  
La cólera, que ruga y se enardece ;  
Cuanto conduce al antro del delito,  
Cuanto corrompe, mancha y envilece.

Y en su sed implacable de venganza  
Le llena de congojas y recelos ;  
Y le roba la luz de la esperanza,  
Que es invisible escala de los cielos.

Pero nada en su empeño le complace,  
Nada su sed de Tántalo mitiga ;  
Que cuanto más su orgullo satisface,  
Más el afán de la maldad le hostiga.

Y en su actitud persiste sin reposo,  
Como quien sigue el rumbo de una idea,  
Hasta que al fin, irguiéndose espantoso,  
La retostada frente se golpea.

La vista mueve con incierto giro,  
Repuesto ya de su mortal congoja ;  
Y agitando sus alas de vampiro,  
La vil calumnia sobre el mundo arroja.

Y se estremece el orbe de repente  
Bajo la planta del audaz querube,  
Mientras del vasto piélago rugiente  
Se eleva al cielo tormentosa nube.

Bogotá, 1891.





**BIBLIOTECA**  
Universidad Eafit



6200000206000

A white rectangular sticker with a black border. It contains the text "BIBLIOTECA" in bold, "Universidad Eafit" below it, a standard 1D barcode in the center, and the number "6200000206000" at the bottom.

**COLECCIÓN**  
**PILAR MORENO**

A rectangular stamp with a double-line border. The text "COLECCIÓN" is on the top line and "PILAR MORENO" is on the bottom line, both in a bold, sans-serif font.

